



Homilías

P. Félix Castro Morales | Sacerdos

#149

ABRIL
MAYO
JUNIO
2023



La liturgia del domingo de Ramos es casi un *solemne pórtico de ingreso* en la Semana santa. Asocia dos momentos opuestos entre sí: la acogida de Jesús en Jerusalén y el drama de la Pasión; el "Hosanna" festivo y el grito repetido muchas veces: "¡Crucifícalo!"; la entrada triunfal y la aparente derrota de la muerte en la cruz. Así, anticipa la "hora" en la que el Mesías deberá sufrir mucho, lo matarán y resucitará al tercer día (cf. Mt 16, 21), y nos prepara para vivir con plenitud el misterio pascual.

El domingo pasado contemplamos la victoria del Señor sobre el último y más temible enemigo: la muerte, anticipando la victoria final de la resurrección. Hoy la Iglesia nos va preparando para que en su momento podamos cantar el himno de victoria, el de la secuencia pascual: *"La vida y la muerte se enfrentan en un duelo admirable: el Señor de la vida estuvo muerte, y ahora, vivo, reina"*. Pero para llegar a este momento Cristo tuvo que atravesar dos puentes: el puente del "Hosanna" y el puente del "Crucifícale". Cristo, ante el grito "Hosanna" no se vanaglorió, pues tenía la mirada puesta en la misión redentora encomendada por el Padre. Y ante el grito "Crucifícale", no se resistió ni se echó atrás (primera lectura); al contrario, se despojó de sí mismo y fue obediente hasta la muerte (segunda lectura), dándonos su Cuerpo de comida, su Sangre de bebida, su Espíritu como aliento y a María como madre.

En el domingo de Ramos Jesús escuchó el "Hosanna" de los corazones buenos de tanta gente de Jerusalén. Son las palmas y vítores. ¿Qué hizo Jesús, cómo reaccionó? Él elevaba esos vítores a su Padre celestial y le daban ánimo para seguir el camino hacia la inmolación libre y amorosa de su vida para salvar a la humanidad.

También en este día Jesús escuchó con mucha tristeza y pena el grito loco "Crucifícale", orquestado por personas envidiosas y soberbias que querían matarlo, deshacerse de Él, porque su mensaje era distinto –no contradictorio– al que ellos seguían. De las palmas del "Hosanna" a las lanzas del "Crucifícale". ¿Qué hizo Jesús, cómo reaccionó Jesús? Sufrió en silencio. Perdonó a todos. Amó a su Padre. Subió a la cruz para morir y así salvar a todos los hombres.

Nosotros en nuestra vida humana y cristiana tendremos que atravesar muchas veces esos dos puentes: el puente del "Hosanna", o sea el puente de los aplausos, de los éxitos, de las castañuelas. Pero tal vez a la vuelta de la esquina me espera el otro puente, el puente del "Crucifícale", que es el puente de la humillación, del fracaso, de la difamación, del desprecio, de la calumnia. ¿Cómo reaccionaremos? Con los mismos sentimientos de Cristo Jesús (segunda lectura). Ante el primer puente, el fácil, con gratitud y elevando nuestros ojos al cielo. Y ante el segundo, el cruel, con paciencia, con capacidad de perdón y ofreciendo todo a Dios para que nos sirva de purificación y de unión con el sacrificio de Cristo.

Ver a Jesucristo insultado, cubierto de burlas, golpeado y condenado injustamente, colgado de un madero hecho un llaga de pies a cabeza y suplicando a su Padre el perdón para los verdugos debe llevarnos a no protestar cuando el sufrimiento haga presa en nosotros, a recorrer el camino que Él recorrió, a amar a ese Jesús, que no duda en dar su vida, a ese Dios que nos ha querido tanto.

Pero también pensemos: ¿soy también yo de los que pasan del "Hosanna" de las alabanzas al Señor, y a los pocos días e incluso horas a "Crucifícale"? ¿Qué personaje quiero ser en esta Semana Santa: Pedro, Judas, soldados, Pilato, Herodes, Simón de Cirene, los fariseos y sumos sacerdotes, María, Juan...?

Señor, perdona mi falta de constancia en tu seguimiento. Cuántas veces también yo he gritado con mis

sentimientos y decisiones tu crucifixión, y sólo he querido los éxitos y aplausos. Propongo enmendarme y llevar una vida conforme a tu voluntad santísima. Cuando vengan los “Hosannas”, los ofreceré a Ti. Y cuando me griten “Crucifíqueme”, te mire a ti y eso me baste. Amén.

¿Quién soy yo entre los personajes de la Pasión?

La lectura de la pasión, que hemos escuchado narra cuando los apóstoles duermen, el beso de Judas, el arresto de Jesús, la negación de San Pedro... Esta semana comienza con la procesión festiva, con los ramos de olivos: todo el pueblo recibe a Jesús. Los niños, los jóvenes cantan y alaban a Jesús”, recordó el Santo Padre al iniciar su homilía el día de hoy.

“Pero esta semana va adelante en el misterio de la muerte de Jesús y de su resurrección. Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos solamente una pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo delante a mi Señor? ¿Quién soy yo delante a Jesús que entra festivamente en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo, o tomo distancia? ¿Estoy yo delante a Jesús que sufre? Hemos sentido tantos nombres, tantos nombres. Grupos de dirigentes, algunos eran sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley que habían decidido asesinarlo. Esperaban la oportunidad de apresarlos”.

“¿Soy yo como uno de ellos? Y hemos sentido otro nombre: ¡Judas!, treinta monedas. ¿Soy yo como Judas? Hemos sentido otros nombres, los discípulos que no entendían nada, que se dormían mientras el Señor sufría. ¿Mi vida está dormida? ¿O soy como los discípulos que no querían quizás traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería solucionar todo con la espada, soy yo como ellos?”

“¿Soy yo un Judas que recita de amarlo y besa al Maestro para entregarlo, traicionarlo? ¿Soy un traidor? ¿Soy como esos dirigentes que rápidamente constituyen el tribunal y buscan falsos testimonios? ¿Soy yo como ellos? ¿Y cuando hago estas cosas si las hago, creo que con esto salvo al pueblo? ¿Soy yo como Pilato, que cuando veo que la situación se pone difícil me lavo las manos, no sé asumir mi responsabilidad y dejo condenar o condeno yo a las personas?”.

“¿Soy yo como aquella multitud que no sabía bien si estaban en una reunión religiosa, en un juicio o en un circo, y elige a Barrabás? Para ellos era lo mismo, era más divertido para humillar a Jesús. ¿Soy yo como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten con la humillación del Señor? ¿Soy yo como el Cireneo que volvía del trabajo, cansado, pero tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a cargar la cruz?”.

“¿Soy yo como aquellos que pasaban delante a la cruz y hacían sus burlas a Jesús?: ‘Tanto coraje, que baje de la cruz y creemos en él’. La burla de Jesús. ¿Soy yo como aquellas mujeres llenas de coraje, como la madre de Jesús, que estaba allí y sufría en silencio? ¿Soy yo como José, el discípulo escondido que lleva el cuerpo de Jesús para darle sepultura?”.

“¿Soy yo como estas dos Marías que se quedan en la puerta del sepulcro llorando, rezando? ¿Soy yo como estos dirigentes que el día siguiente van a lo de Pilatos para decirle: Mire que éste decía que iba a resucitar; que no suceda otro engaño y bloquean la vida, el sepulcro, para defender la doctrina, para que la vida no venga afuera? ¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de ellos me asemejo? Y que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana”.

Cristo Resucitado nos inunda con su *Luz y Fuego*, ahuyentando la oscuridad de nuestros pecados; se hace *Palabra*, recordándonos la historia de la salvación; nos invita a lavarnos y purificarnos con el *agua* que brota de su Costado, renovando nuestro *bautismo* y nuestro compromiso de vivir como hijos de la luz; y finalmente nos lleva a la mesa de la *Eucaristía* donde nos hace participar del banquete de su vida divina y resucitada en nuestra alma.

Durante todo el Sábado Santo nos hemos unido a la Iglesia junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, sin que se celebrase el Santo Sacrificio de la Misa y permaneciendo el altar desnudo. La liturgia ha querido hacernos sentir, con toda la fuerza, el vacío de la ausencia de Cristo. Día del Gran Silencio. Hoy, la Vigilia Pascual nos inunda con la densa presencia del Señor resucitado, que emerge con toda su fuerza divina y luminosa de las honduras de la muerte para arrastrar tras sí a todos los que han de participar de la verdadera vida, que no puede extinguirse, y que desde la tierra se proyecta a la eternidad.

Cristo resucitado es *Luz* que ilumina los rincones de nuestra historia y de nuestra vida personal y nos hace pasar de las tinieblas del pecado y de la muerte a la luz de la gracia y de la vida. Iluminados en y con la luz de Cristo Resucitado, Dios nos habla y nos cuenta las maravillas que hizo desde los orígenes del mundo por todos nosotros, para que escuchando nos llenemos de gratitud y confianza; iluminados con esa luz escucharemos con los oídos del corazón la *Palabra* de Dios.

Con el agua del *bautismo*, cuyas promesas hoy renovaremos, nos hace sus hijos, signados con la señal de la cruz y con el óleo perfumado de Dios. Esa fuente bautismal nos recuerda a todos hoy que hemos renacido a una vida nueva y que hemos dejado la vida antigua del pecado, que hemos renunciado a Satanás y a sus engaños y mentiras, y que hemos profesado nuestra fe en Dios. Ya hijos, nos invita a la mesa para alimentarnos con el *Pan de Vida* y de Inmortalidad, para que tengamos vida y la tengamos en abundancia.

La Resurrección de Cristo nos compromete a ser cristianos que caminemos en la *luz*, a ser cristianos que amemos la luz, a ser cristianos que nos dejemos iluminar por la luz de Cristo y transmitamos esa luz a todos los rincones: a nuestra casa, a nuestra oficina, a nuestra facultad. Nos compromete a defender esa luz en nuestra vida con nuestras palabras y nuestro testimonio. Esa *Palabra* escuchada es consuelo y medicina de nuestro espíritu, alimento de nuestra alma. Es una *Palabra* no sólo para escuchar sino para vivir y transmitir. Seamos cristianos que llevemos la *Palabra* de Dios a nuestro alrededor.

Ahora fijémonos en María para aprender de Ella: La fe de María afrontó la incompreensión y el desprecio; y cuando llegó la "hora" de Jesús, la hora de la pasión: la fe de María fue entonces la lamparilla encendida en la noche. Esa lamparilla en plena noche. María veló durante la noche del sábado santo. Su llama, pequeña pero clara, estuvo encendida hasta el alba de la Resurrección; y cuando le llegó la noticia de que el sepulcro estaba vacío, su corazón quedó henchido de la alegría de la fe, la fe cristiana en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Porque siempre la fe nos lleva a la alegría y ella es la madre de la alegría que nos enseña a vivir y caminar por este camino de alegría y a vivir esta alegría. Este es el punto culminante, esta alegría del encuentro de Jesús y María. Este es el punto culminante del camino de la fe de María y de toda la Iglesia. ¿Cómo es nuestra fe? ¿La tenemos encendida como María también en los momentos difíciles, en esos momentos de oscuridad? ¿Tengo la alegría de la fe? (S.S. Francisco, 12 de octubre de 2013).

Cristo resucitado, me atrevo a ponerme en tu presencia para que me llenes de Ti y del gozo de tu triunfo sobre el mal y la muerte. Creo firmemente en tu presencia renovadora, pero aumenta mi pobre fe. Confío que eres Tú quien me guiará en esta meditación y en toda mi vida para vivir como un hombre o mujer nuevo(a). Enciéndeme con el fuego de tu amor, para que me entregue a Ti sin reservas y quemes con tu Espíritu Santo mi debilidad y cobardía para darte a conocer a mis hermanos.

El anuncio del Ángel a las mujeres resuena en la Iglesia esparcida por todo el mundo: “Ustedes no teman, ya sé que buscan a Jesús el crucificado. No está aquí. Ha resucitado... Venid a ver el sitio donde lo pusieron”. Ustedes, no tengan miedo. ¡El Señor ha resucitado!

Esta es la culminación del Evangelio, es la Buena Noticia por excelencia: Jesús, el crucificado, ha resucitado. Este acontecimiento es la base de nuestra fe y de nuestra esperanza: si Cristo no hubiera resucitado, el cristianismo perdería su valor; toda la misión de la Iglesia se quedaría sin brío, pues desde aquí ha comenzado y desde aquí reemprende siempre de nuevo. El mensaje que los cristianos llevan al mundo es este: Jesús, el Amor encarnado, murió en la cruz por nuestros pecados, pero Dios Padre lo resucitó y lo ha constituido Señor de la vida y de la muerte. En Jesús, el Amor ha vencido al odio, la misericordia al pecado, el bien al mal, la verdad a la mentira, la vida a la muerte.

Hoy la Iglesia, llena de alegría, exclama: *éste es el día que ha hecho el Señor: ¡gocémonos y alegrémonos en él!* Grito de júbilo que se prolongará durante cincuenta días, a lo largo del tiempo pascual, como un eco de las palabras de San Pablo: puesto que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Pongan todo el corazón en los bienes del cielo, no en los de la tierra; porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios.

Es lógico pensar –y así lo considera la Tradición de la Iglesia– que Jesucristo, una vez resucitado, se apareció en primer lugar a su Santísima Madre. El hecho de que no aparezca en los relatos evangélicos, con las otras mujeres, es –como señala Juan Pablo II– un indicio de que Nuestra Señora ya se había encontrado con Jesús.

“Esta deducción quedaría confirmada también –añade el Papa– por el dato de que las primeras testigos de la resurrección, por voluntad de Jesús, fueron las mujeres, las cuales permanecieron fieles al pie la Cruz y, por tanto, más firmes en la fe” (Audiencia, 21-V-1997). Sólo María había conservado plenamente la fe, durante las horas amargas de la Pasión; por eso resulta natural que el Señor se apareciera a Ella en primer lugar.

Hemos de permanecer siempre junto a la Virgen, pero más aún en el tiempo de Pascua, y aprender de Ella. ¡Con qué ansias había esperado la Resurrección! Sabía que Jesús había venido a salvar al mundo y que, por tanto, debía padecer y morir; pero también conocía que no podía quedar sujeto a la muerte, porque Él es la Vida.

Una buena forma de vivir la Pascua consiste en esforzarnos por hacer partícipes de la vida de Cristo a los demás, cumpliendo con primor el mandamiento nuevo de la caridad, que el Señor nos dio la víspera de su Pasión: en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros. Cristo resucitado nos lo repite ahora a cada uno. Nos dice: *ámense de verdad unos a otros, esfuércense todos los días por servir a los demás, estén pendientes de los detalles más pequeños, para hacer la vida agradable a los que conviven con ustedes.*

Pero volvamos al encuentro de Jesús con su Santísima Madre. ¡Qué contenta estaría la Virgen, al contemplar aquella Humanidad Santísima –carne de su carne y vida de su vida– plenamente glorificada! Pidámosle que nos enseñe a sacrificarnos por los demás sin hacerlo notar, sin esperar siquiera que nos den las gracias: que tengamos hambre de pasar inadvertidos, para así poseer la vida de Dios y comunicarla a otros. Hoy le dirigimos el Regina Caeli, saludo propio del tiempo pascual. *Alégrate, Reina del cielo, aleluya. / Porque*

el que mereciste llevar en tu seno, aleluya. / Ha resucitado según predijo, aleluya. / Ruega a Dios por nosotros, aleluya. / Gózate y alégrate, Virgen María, aleluya. / Porque el Señor ha resucitado verdaderamente, aleluya.

II Domingo de Pascua Fiesta de la Divina Misericordia (Ciclo A)

16 de abril 2023
Jn 20, 19-31

“La paz con vosotros”. Con este saludo Cristo resucitado se dirige a sus discípulos que todavía estaban asustados por los tristes acontecimientos de la crucifixión y muerte de su Maestro. A este día san Juan Pablo II llamó el domingo de la Misericordia, porque del corazón de Jesús lleno de ternura brotaron estos dones como rayos y reflejos de su Resurrección: la paz, los sacramentos y la *última bienaventuranza* donde Cristo nos confirma la fe en quienes creemos en Él (segunda lectura) y en quienes sufren las dudas del apóstol Tomás (evangelio).

Jesús nos saluda hoy, al término de la solemne semana pascual, con este deseo de esperanza y de gozo. Nos da su paz, mostrando las señales de su pasión dolorosa. De sus manos traspasadas y de su costado abierto brota el don precioso de la paz y de la divina misericordia para toda la humanidad.

Con la celebración del domingo de la Misericordia concluimos la Octava de Pascua, es decir, de esta semana que la Iglesia nos invitó a considerar como un solo Día: “el Día en el cual actuó el Señor”. El evangelio de hoy nos relata la aparición de Jesús Misericordioso a sus discípulos, el día mismo de su resurrección, en que les derramó y confió el tesoro de su Paz y de sus Sacramentos, y confirmó nuestra fe y la fe de todos los “Tomases” del mundo que están llenos de dudas y con ansias de certezas (evangelio). Esa paz nos llevará después a vivir mejor la Eucaristía, a rezar con más fervor y practicar la caridad con nuestros hermanos (primera lectura).

Cristo Misericordioso y Resucitado nos da su Paz, en hebreo Shalom, que significa un deseo de salud, armonía, paz interior, calma y tranquilidad para aquel o aquellos a quienes está dirigido el saludo. Paz como bienestar entre las personas, las naciones, y entre Dios y el hombre. Los apóstoles la habían perdido, después de la muerte de Cristo en el Calvario. Estaban realmente con la paz, la fe y la esperanza quebradas.

Esa oscura turbación de los discípulos se ve disipada por la luz de la victoria del Señor, que llena sus corazones de serenidad y de alegría. San Agustín definía la paz como “la tranquilidad del orden”. Y puesto que hay un doble orden, el imperfecto de la tierra y el acabado del cielo, hay también una doble paz: la de la peregrinación y la de la patria. La insistencia de esta palabra “paz” en el Canon Romano de la misa es clara: la Iglesia ha recibido la misión de extender hasta los confines del mundo la paz de Cristo Resucitado y Misericordioso.

Cristo ya nos había regalado el Jueves Santo el sacramento de la Eucaristía. Ahora, de su corazón misericordioso saca este otro tesoro: el sacramento de la Reconciliación. Cristo envía a sus apóstoles con la misión de prolongar la suya propia: perdonar los pecados. La paz con Dios y con nuestros hermanos, don primero que comentamos, se perdió por culpa del pecado. Con el sacramento de la Reconciliación recuperamos esa paz que rompimos con el pecado.

La Iglesia, después de la Resurrección de Cristo, es el instrumento mediante el cual el Señor va reduciendo todo bajo la soberanía de su reinado, el instrumento por el que se comunica la gracia divina, cuyo cauce ordinario son los sacramentos, ordenados a la reconciliación de los hombres con Dios, mediante la conversión.

Otro de los regalos de la Resurrección de Jesús fue la confirmación de nuestra fe. La fe en la resurrección de Cristo es la verdad fundamental de nuestra salvación. “Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe... Todavía estáis en vuestros pecados”, dirá san Pablo. A la luz de la Resurrección

cobran luminosidad todos los misterios que Dios nos ha revelado y confiado.

También estamos preparándonos a la Fiesta de Nuestra Señora de la Soledad, que no es algo añadido a estos misterios de la misericordia divina y de la canonización de Juan Pablo II y del Papa Juan XXIII, sino que María tiene mucho que decirnos sobre, porque ¿quién conoce más profundamente que María, la *Madre del Crucificado y Resucitado*, el misterio de la misericordia divina? María conoce su precio, su grandeza y su valor. Por esa razón, la "llamamos también Madre de la misericordia: *Virgen de la misericordia o Madre de la divina misericordia*".

¡Oh María, Madre de misericordia!, Señora nuestra, de la soledad profunda y del llanto sin consuelo.... Tú conoces como nadie el corazón de tu divino Hijo. Inspíranos con respecto a Jesús la confianza filial que vivieron los santos Juan Pablo II Y Juan XXIII, la confianza que animó a la beata Faustina Kowalska, gran apóstol de la misericordia divina en nuestro tiempo.

Mira con amor nuestra miseria; arráncanos, oh Madre, de las contrastantes tentaciones de la autosuficiencia, del abatimiento, del egoísmo y de la tibieza espiritual y apostólica, y alcánzanos la abundancia de la misericordia que nos salva.

Hoy, Domingo III de Pascua, continúa la Liturgia en tono de júbilo, porque Cristo ha resucitado. El "Aleluya" sigue resonando como un grito de celebración victoriosa, pues Jesús ha vuelto de la muerte a la Vida, para comunicarnos esa Vida a nosotros. En el Evangelio (Lc. 22, 13-35) vemos el famoso pasaje de un camino, el camino entre Jerusalén y un poblado situado a unos once kilómetros de distancia, llamado Emaús.

Jesús caminaba junto a dos hombres que sólo iban a Emaús. Estos andaban un camino muy corto; Aquél resucitado acababa de comenzar con su vida y con su entrega a la muerte un camino mucho más largo y ambicioso, el camino del hombre, de todo hombre hacia el Reino de Dios. En efecto, en los dos de Emaús estamos representados todos los cristianos.

El mensaje que nos quiere dar este relato es que reconozcamos a Jesús resucitado en nuestra vida, pero sobre todo en la eucaristía: al escuchar la Palabra del resucitado y al partir el Pan; que, al mismo tiempo, implica la misión de anunciarlo a los demás. Esta enseñanza tiene lugar, en un día como hoy, "el primer día de la semana", Día del Señor, es un día destinado a que los ojos se nos abran después de participar en la escuela de la Palabra y en la fracción del pan: comiendo el pan de la Palabra y el Cuerpo y la Sangre del Resucitado.

Por tanto, las vías de acceso para encontrar de forma viva y personal a Jesús son a) la Palabra. "Les explicó las Escrituras... ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba?", b) la Eucaristía: "Se les abrieron los ojos y lo reconocieron... y contaron cómo le habían reconocido al partir el pan", c) la comunidad: "Y se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once con sus compañeros, que les dijeron: es verdad, ha resucitado el Señor".

Los cristianos tenemos un momento en el que partimos el pan y oímos las Escrituras: es la Misa...; en ella, Jesús se nos hace presente y se nos ofrece como alimento. Finalmente nos levantamos y volvemos al lugar de donde hemos venido, nos disponemos a rehacer el camino, a vivirlo con nueva ilusión, a anunciar a los demás la alegría de haber visto al Señor.

Qué importante es que participemos en plenitud de la Misa para salir con el corazón enardecido, reanimados para vivir la experiencia del encuentro con Jesús durante la semana y hacerla vida propia. Pero esto, a condición que nos encontremos con Cristo en la fracción del pan, alimentados con la Eucaristía...

Por tanto, intentemos seriamente, sacerdotes y laicos, vivir el encuentro semanal con Cristo como algo trascendente para nuestra vida cristiana, como el momento más importante del día, ese momento que deje en cada uno de nosotros, la misma impresión indeleble, que el encuentro con Cristo, dejó en los discípulos de Emaús.

No nos dejemos atrapar por la indiferencia y el pesimismo. Renovemos semanalmente el impulso que nos hace seguir a Jesucristo. Que salgamos con el deseo de contarle a los que no han venido la gran nueva que los de Emaús dieron a los discípulos de Jerusalén: es cierto que Jesucristo ha resucitado. Con esta conciencia de la presencia de Jesús entre nosotros podremos superar el pesimismo y el desaliento, y decirle con el corazón al Divino Caminante: Porque anochece ya, porque es tarde, Dios mío, porque temo perder las huellas del camino, no me dejes tan solo y quédate conmigo. Porque he sido rebelde y he buscado el peligro y escudriñé curioso las cumbres y el abismo, perdóname, Señor, y quédate conmigo. Porque ardo en sed de ti y en hambre de tu trigo, ven, siéntate a mi mesa, bendice el pan y el vino. ¡Qué aprisa cae la tarde! ¡Quédate al fin conmigo!

La compañía de Jesús eucarístico es siempre santificadora; la Eucaristía, por más desolados que estemos, tiene una eficacia insospechada. "Quédate con nosotros, Señor, porque ya es tarde". Con Jesús eucarístico todo se ilumina, los fantasmas y temores huyen. ¡Es Jesús, pero transfigurado! Jesús quiere que pasemos de una visión materialista a una visión de fe.

Pensemos: ¿por qué a veces nos pasa en la celebración de la Eucaristía dominical que *nuestros ojos* no se abren para reconocer a Jesús y *nuestro corazón no arde* cuando escuchamos las Escrituras? ¿Por qué regresamos a casa con el corazón angustiado como cuando vinimos? ¿No será porque no hemos reconocido al Señor en las Escrituras y al partir el pan?

Que María encienda nuestro corazón, de forma que se abran igualmente nuestros ojos, y reconozcamos a Jesús al partir el pan.

En este domingo la liturgia propone la figura de Cristo como *Buen Pastor* (evangelio). En este día tiene lugar la jornada mundial de oración por las vocaciones, por aquellos que serán pastores según el corazón de Jesús. Jesús es el *Buen Pastor* prometido por Dios, es la única Puerta de salvación y nosotros somos el rebaño de su pertenencia, abierto a la conversión (primera lectura) y a la imitación del Pastor (segunda lectura).

Jesús se aplica a sí mismo esta imagen (cf. *Jn 10, 6*), arraigada en el Antiguo Testamento y muy apreciada por la tradición cristiana. Cristo es el buen pastor que, muriendo en la cruz, da la vida por sus ovejas. Se establece así una profunda comunión entre el buen Pastor y su grey. Jesús, escribe el evangelista, “a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. (...) Y las ovejas le siguen, porque conocen su voz” (*Jn 10, 3-4*). Una costumbre consolidada, un conocimiento real y una pertenencia recíproca unen al pastor y sus ovejas: él las cuida, y ellas confían en él y lo siguen fielmente: “Yo soy el Buen Pastor. Conozco mis ovejas y las mías Me conocen”. Es el Buen Pastor porque es el Camino, la Verdad y la Vida.

Un *pastor* tiene su *rebaño*; el rebaño es su vida. Nosotros somos rebaño de Cristo *Pastor*. Esta comparación no tiene nada de negativo en la Biblia, al contrario, está cargada de ternura. Rebaño que es objeto de disputa y de conquista por fuerzas opuestas, mediante silbidos cautivadores, pero falsos. Debemos distinguir entre mil voces que seducen y la voz de Cristo nuestro *Pastor*. La voz de Cristo es tan distinta a la voz de los falsos pastores. Es una voz que pacifica el alma, que ilumina la mente, que purifica el corazón y la afectividad, que fortalece la voluntad. Es una voz que nos invita al amor, a la justicia, a la verdad, a la solidaridad, a la pureza y a la paz.

Cristo nos ha hecho partícipe de su tarea de *pastor* a todos nosotros. Porque *pastor* es el Papa que apacienta y gobierna toda la Iglesia con el cayado de Cristo. *Pastor* es el obispo que cuida su diócesis. *Pastor* es el sacerdote que se desvive por su parroquia. *Pastores* son los papás de familia que día y noche se ocupan y se preocupan de sus hijos. *Pastor* es ese gobernante al frente de una nación. *Pastor* es el maestro de escuela que forma no sólo la mente, sino también el corazón de sus alumnos. *Pastor* es el jefe de una empresa al cuidado de sus empleados. *Pastor* es el catequista encargado de la transmisión de la fe. *Pastor* es el que está al frente de una comunidad o de un movimiento eclesial como servidor humilde.

San Agustín comentando el capítulo 34 de Ezequiel dice: “*Si existen buenas ovejas, hay también buenos pastores, porque de las buenas ovejas se hacen los buenos pastores. Pero todos los buenos pastores coinciden en uno, son uno. Cuando ellos apacientan, Cristo apacienta... es él mismo quien apacienta cuando ellos apacientan; el Señor dice: Yo apaciento; porque en ellos está su voz, en ellos está su amor*”.

Pero el título de Puerta, Cristo lo ha reservado sólo para Sí, porque es el único mediador entre Dios y los hombres. Una sola es la Puerta de la Salvación: Jesús. “El que entra por mí se salvará”. Entramos por esa puerta el día de nuestro bautismo, formando parte de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Ciertamente que la misericordia de Dios puede alcanzar a algunos la salvación por caminos ocultos y extraordinarios.

En este domingo recordemos a Dios a los pastores de la Iglesia y a quienes se están formando para ser pastores. Los invito, por tanto, a una oración especial por el Papa, los obispos, por los párrocos, por todos aquellos que tienen responsabilidades en la guía del rebaño de Cristo, para que sean fieles y sabios al desempeñar su ministerio. En particular, recemos por las vocaciones al sacerdocio en esta Jornada mundial de oración por las vocaciones, para que no falten nunca obreros válidos en la mies del Señor.

Nos dirigimos ahora a María, Madre de Cristo, el buen Pastor. Que María santísima, Madre del Buen Pastor, interceda por todos los sacerdotes, sus hijos predilectos, y extienda su amorosa protección a todos los fieles de la Iglesia, en esta Parroquia y en todo el mundo. ¡María Madre de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote ruega por nosotros!

El Evangelio de este quinto domingo de Pascua nos relata que Jesús, prediciendo su muerte inminente, anuncia que irá a preparar un lugar para los discípulos a fin de que también ellos estén donde él se encuentre; y específica: "Y a donde voy ya saben el camino" (Jn 14, 4). Entonces Tomás interviene diciendo: "Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?" (Jn 14, 5). Estas palabras de Tomás ofrecen a Jesús la ocasión para pronunciar la célebre definición de sí: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 6).

Sin Cristo que es *Camino*, nos extraviamos. Sin Cristo que es *Verdad*, caemos en la mentira y en la ideología. Sin Cristo que es *Vida*, nos alcanzará la muerte. Sin Cristo que es *Piedra* angular, el edificio de la Iglesia se derrumba.

Cristo no sólo enseña la verdad, sino que es la Verdad encarnada. Desde la Encarnación Cristo Verdad acampa entre nosotros. Así dice san Agustín: "Esta verdad se vistió de carne por nosotros y nació de María virgen para que se cumpliera la profecía: la Verdad brotó de la tierra". Cristo, la verdad eterna, se hizo verdad en el tiempo. En un mundo plagado de mentiras aberrantes, mentiras en el campo social, en la política, en lenguaje de medias verdades y sofismas, que tantas veces disfrazan la cobardía, sigamos siempre la verdad plena que es Cristo. No pequemos contra Cristo.

Cristo no sólo tiene vida, sino que es la Vida. Mediante la Encarnación, la Vida eterna que es Dios, se hizo carne entre nosotros. "Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia". ¿Qué significa que Cristo es Vida? Que anhela hacerse vida nuestra, que anhela vivificar nuestro ser. Dicha vida fue introducida en nuestros corazones el día del bautismo. Pero dicha vida en nosotros tiene que estar en crecimiento, al modo de una semilla que apunta a su plenitud, que tiene a hacerse árbol. Las flores y los frutos de la gracia y de esa vida divina en nosotros son las virtudes cristianas, las teologales y las cardinales. Lo que mataría esta vida de Cristo en nosotros es el pecado. Por tanto, mantengámonos lejos, no sólo del pecado, que esclaviza, sino de la mediocridad, que es como una arteriosclerosis del espíritu, porque impide el paso triunfal de la savia divina por las venas de nuestra alma.

Cristo no es un camino entre muchos otros, sino "el" Camino, el único camino para la salvación, para la felicidad. Cristo se hizo camino también por medio de la Encarnación. San Agustín nos dice: "Siguiendo el camino de su humanidad, llegarás a la Divinidad. Él te conduce a Él mismo. No andes buscando por donde ir fuera de Él. Si Él no hubiera tenido la voluntad de ser camino, extraviados anduviéramos siempre. Se hizo, pues, camino, por donde ir. Por tanto, no te diré: Busca el camino. El camino mismo es quien viene a ti. ¡Levántate y anda! Anda con la conducta, no con los pies. Muchos andan bien con los pies y mal con la conducta. Y aun los hay que andan bien, pero fuera del camino. Corren, más no por el camino, y cuanto más andan, más se extravían, pues se alejan más del camino... Preferible, sin duda, es ir por el camino, aun cojeando, a ir bravamente fuera del camino" (Sobre el evangelio de san Juan, XIII).

Al respecto, el Papa Francisco dice que "el conocimiento de Jesús es el trabajo más importante de nuestra vida". Pero, "¿cómo podemos conocer a Jesús? Alguno dirá: 'Estudiando. ¡Se debe estudiar mucho!' ¡Eso es verdad! Debemos estudiar el catecismo, es verdad", pero el estudio por sí solo no basta para conocer a Jesús". Para conocer a Jesús es necesario abrir tres puertas. "Primera puerta: **rezar** a Jesús. Sepan que el estudio sin oración no sirve. Rezar a Jesús para conocerlo mejor. Con el estudio y con la oración nos acercamos un poco... Pero sin oración nunca conoceremos a Jesús. Segunda puerta: **celebrar** a Jesús. No basta la oración, es necesaria la alegría de la celebración. Celebrar a Jesús en sus Sacramentos, porque allí nos da la vida, nos da la fuerza, nos da el alimento, nos da el consuelo. Sin la celebración de los sacramentos, no

llegamos a conocer a Jesús. Esto es propio de la Iglesia: la celebración. Tercera puerta: **imitar a Jesús**. Tomar el Evangelio: qué ha hecho Él, como era su vida, qué nos ha dicho, qué nos ha enseñado e intentar imitarlo". Así encontraremos el camino para ir a la verdad y a la vida".

Pensemos, cómo va la puerta de mi oración, la oración del corazón, ¿no es la repetición! Ha de hacerse con el corazón. ¿Cómo y cuándo celebro los sacramentos...? ¿Y cómo imito a de Jesús en mi vida? Pensemos en estas tres puertas y cómo están en nuestra vida, nos hará bien.

Mi Padre les dará otro Paráclito

Hemos escuchado en el Evangelio un pasaje de los sermones de despedida de Jesús, que el evangelista Juan nos ha dejado en el contexto de la Última Cena: “Yo le pediré al Padre que les envíe otro Paráclito, que esté siempre con ustedes” (Jn 14,16). El primer Paráclito es el mismo Jesús; el “otro” es el Espíritu Santo. Jesús promete a los discípulos la presencia continua del Espíritu como remedio a la tristeza provocada por su partida (cf. Jn 16, 6-8). Por su parte, también la primera lectura de hoy, donde se nos narra la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad de Samaria por la oración y la imposición de las manos de Pedro y Juan, nos invita a todos nosotros a esperar y desear la venida del Espíritu Santo en Pentecostés.

Cristo en el Evangelio expresa al Espíritu Santo como el Paráclito o *Consolador*. El Espíritu Santo no sólo es luz y consejo. Ni tampoco es sólo fuerza. El hombre tiene necesidad sobre todo de *consuelo* para vivir. Muchas veces estamos inquietos, sentimos la soledad, el cansancio; el futuro nos da miedo y los amigos nos fallan.

Este *consuelo* de Dios se encarnó primero en Jesús. Pasó toda su vida pública consolando todo tipo de sufrimiento, físicos y morales, y predicando el consuelo de las bienaventuranzas: “*Felices los pobres, los mansos, los misericordiosos, los hambrientos y sedientos, los sufridos...*”. Y antes de partir de este mundo, Jesús le pidió a su Padre que nos mandara otro *Consolador*, que permaneciera con nosotros siempre como Dulce Huésped del alma. Este otro *Consolador* es el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, tercera persona divina de la Santísima Trinidad, que mora dentro de nosotros consolando nuestras tristezas, curando nuestras heridas y ayudándonos a sufrir haciendo el bien (segunda lectura).

Por tanto, el Espíritu Santo es nuestro Paráclito, es decir, “*aquel que es llamado en nuestra defensa*”, aquel del que se busca el *Consuelo*. ¡Cuántas veces acudimos a otras fuentes de consuelo, a cisternas rotas como pueden ser las riquezas, los placeres, las distracciones mundanas y mil futilidades, o mendigamos consuelos humanos que no nos consuelan el alma y el corazón, sino que nos dejan más heridos y vacíos! El Espíritu Santo es el auténtico *Consuelo* que necesitamos en esta vida que a veces se nos presenta tan cruel, tan sin sentido, tan injusta. ¡Qué hermoso sería que después de llenarnos de ese *Consuelo* de Dios en la oración seamos también nosotros *paráclitos* para nuestros hermanos!, es decir, que seamos personas que sepamos aliviar la aflicción, confortar la tristeza, ayudar a superar el miedo y disipar la soledad.

Los discípulos reciben de su Maestro y Señor la promesa de la presencia del Espíritu Santo y poco a poco van descubriendo el dinamismo de su presencia y asistencia en medio de todas las vicisitudes de una Iglesia que inicia sus caminos. A pesar de los riesgos que los apóstoles corrían cuando Jesús los dejó “solos”, siguieron conservando su identidad y su tarea porque contaban con la fuerza del Espíritu Santo. Cada paso, cada nueva crisis, siempre es resuelta con la presencia de Jesús y con la asistencia del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es la presencia viva de Dios en la Iglesia. Es quien hace andar a la Iglesia, el que hace caminar a la Iglesia. El Espíritu Santo, con sus dones, guía a la Iglesia. No se puede entender la Iglesia de Jesús sin el Paráclito, que el Señor nos envía para eso. Y toma decisiones ¡impensables! El Espíritu Santo es quien *actualiza* la Iglesia y la hace avanzar.

Los cristianos debemos pedir al Señor la gracia de la docilidad y el consuelo al Espíritu Santo. La docilidad a este Espíritu que nos habla en el corazón, que nos habla en las circunstancias de la vida, que nos

habla en la vida eclesial y en las comunidades cristianas, que nos habla siempre. También pidamos al Padre “que nos unja para que seamos plenamente hijos suyos, cada vez más conformados con Cristo, para sentirnos todos hermanos y así alejar de nosotros rencores y divisiones, y poder amarnos fraternamente. Así nos lo pide Jesús en el Evangelio: ‘Si me aman, guardarán mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que les dé otro Paráclito, que esté siempre con ustedes’” (Jn 14,15-16). Y San Pablo nos llama a ser consoladores unos de otros, con estas palabras: “Consuélense mutuamente” (1Tes 5, 11).

María, unida en oración a los Apóstoles en el Cenáculo, nos acompañe especialmente durante estas semanas antes de Pentecostés, y nos obtenga una nueva efusión del Espíritu Santo, que consuele e inflame nuestros corazones.

Solemnidad de la Ascensión del Señor (Ciclo A)

21 de mayo 2023
Mateo 28, 16-20

Hoy la Santa Iglesia celebra el misterio de la Ascensión del Señor. En el *Credo* encontramos afirmado que Jesús “subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre”. La vida terrena de Jesús culmina con el acontecimiento de la Ascensión, es decir, cuando Él pasa de este mundo al Padre y es elevado a su derecha.

Con la Ascensión, Jesús no partió, no se ha “ausentado”; sólo ha desaparecido de la vista. Quien parte ya no está; quien desaparece puede estar aún allí, a dos pasos, sólo que algo impide verle. En el momento de la ascensión Jesús desaparece, sí, de la vista de los apóstoles, pero para estar presente de otro modo, más íntimo, no fuera, sino dentro de ellos. Sucede como en la Eucaristía; mientras la hostia está fuera de nosotros la vemos, la adoramos; cuando la recibimos ya no la vemos, ha desaparecido, pero para estar ya dentro de nosotros. Se ha inaugurado una presencia nueva y más fuerte.

San Lucas al inicio de los *Hechos de los Apóstoles*, pone de relieve que este acontecimiento es como el eslabón que engancha y une la vida terrena de Jesús a la vida de la Iglesia. Aquí san Lucas hace referencia también a la nube que aparta a Jesús de la vista de los discípulos, quienes siguen contemplando al Cristo que asciende hacia Dios (cf. *Hch* 1, 9-10). Intervienen entonces dos hombres vestidos de blanco que les invitan a no permanecer inmóviles mirando al cielo, sino a nutrir su vida y su testimonio con la certeza de que Jesús volverá del mismo modo que le han visto subir al cielo (cf. *Hch* 1, 10-11). Es precisamente la invitación a partir de la contemplación del señorío de Cristo, para obtener de Él la fuerza para llevar y testimoniar el Evangelio en la vida de cada día: contemplar y actuar, *ora et labora* -enseña san Benito-; ambas son necesarias en nuestra vida cristiana.

La presencia de Jesús nos urge a caminar, no podemos quedarnos “ahí parados mirando al cielo”. Necesitamos ponernos a trabajar en la personal salvación y en la salvación de los hermanos; desde al trabajo, desde la propia realidad..., Jesús nos quiere testigos de su presencia. Así nos podemos preparar para ser bautizados con el Espíritu Santo”, Él es fuerza de Dios en nuestra debilidad. Esta semana es tiempo de oración y reconciliación para prepararnos a Pentecostés, a tener la experiencia de la presencia del divino Consolador, y llenarnos de serenidad, ciencia y fortaleza.

Se ha hecho célebre la afirmación de Pablo VI: «El mundo tiene necesidad de testigos más que de maestros». Es relativamente fácil ser maestro, bastante menos ser testigo. De hecho, el mundo bulle de maestros, verdaderos o falsos, pero escasea de testigos. Entre los dos papeles existe la misma diferencia que, según el proverbio, entre el dicho y el hecho... Los hechos, dice un refrán inglés, hablan con más fuerza que las palabras.

El testigo es quien habla con la vida. Un padre y una madre creyentes deben ser, para los hijos, “los primeros testigos de la fe” (esto pide para ellos la Iglesia a Dios, en la bendición que sigue al rito del matrimonio). Pongamos un ejemplo concreto. En este período del año muchos niños [y jóvenes] se acercan a la primera comunión y a la confirmación. Una madre o un padre creyentes pueden ayudar a su hijo a repasar el catecismo, explicarle el sentido de las palabras, ayudarle a memorizar las repuestas. ¡Hacen algo bellísimo y ojalá fueran muchos los que lo hicieran! Pero ¿qué pensará el niño si, después de todo lo que los padres han dicho y hecho por su primera comunión, descuidan después sistemáticamente la Misa los domingos, y nunca hacen el signo de la cruz ni pronuncian una oración? Han sido maestros, no testigos.

El testimonio de los padres no debe, naturalmente, limitarse al momento de la primera comunión o de la confirmación de los hijos. Con su modo de corregir y perdonar al hijo y de perdonarse entre sí, de hablar con

respeto de los ausentes, de comportarse ante un necesitado que pide limosna, con los comentarios que hacen en presencia de los hijos al oír las noticias del día, los padres tienen a diario la posibilidad de dar testimonio de su fe. El alma de los niños es una placa fotográfica: todo lo que ven y oyen en los años de la infancia se marca en ella y un día «se revelará» y dará sus frutos, buenos o malos.

Jesús vive en medio de nosotros de un modo nuevo. En nuestra vida nunca estamos solos: el Señor crucificado y resucitado nos guía; Él está con nosotros...

Celebramos hoy la gran fiesta de Pentecostés, con la que se completa el Tiempo de Pascua, cincuenta días después del domingo de Resurrección. Esta solemnidad nos hace recordar y revivir la efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y los demás discípulos, reunidos en oración con la Virgen María en el Cenáculo (cf. *Hch 2, 1-11*). Jesús, después de resucitar y subir al cielo, envía a la Iglesia su Espíritu para que cada cristiano pueda participar en su misma vida divina y se convierta en su testigo en el mundo.

El Espíritu Santo hoy **se manifiesta como viento**, como soplo vivificador. El Espíritu Santo es como el alma de la Iglesia, que infunde santidad y estabilidad, a pesar de todos los pecados y miserias de sus integrantes. Es soplo que barre toda escoria para dejar en cada corazón el aroma del cielo. Si la Iglesia fuera solamente una institución humana, hace tiempo que se hubiera corrompido y desaparecido totalmente; como sucedió a tantas empresas e imperios humanos. La Iglesia, a pesar de retrocesos, contramarchas y crisis terribles, permanece siempre con el aroma de lo esencial, pues el Espíritu es soplo que limpia y purifica. El Espíritu Santo, irrumpiendo en la historia, derrota su aridez, abre los corazones a la esperanza, estimula y favorece en nosotros la maduración interior en la relación con Dios y con el prójimo.

En uno de sus sermones, san Agustín llama a la Iglesia "*Societas Spiritus*", sociedad del Espíritu (*Serm. 71, 19, 32: PL 38, 462*). Pero ya antes de él san Ireneo había formulado esta otra verdad: "Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia, y el Espíritu es la verdad; alejarse de la Iglesia significa rechazar al Espíritu" y por eso "excluirse de la vida" (*Adv. haer. III, 24, 1*).

El Espíritu Santo también se **manifiesta como fuego**. Ese viento se convierte también en *fuego* que arde por dentro y nos lleva a salir fuera a todas las periferias existenciales, como diría el Papa Francisco, para incendiar este mundo con la palabra del Evangelio. En Pentecostés nace la Iglesia misionera y ardorosa, lanzada a llevar el calor divino a todos los lugares del mundo. Siempre tendremos la tentación de volver al Cenáculo y a cerrar la puerta, especialmente cuando fuera soplan vientos de contradicción. Solamente el Espíritu nos dará fuerza para vencer esos miedos y parálisis, como hizo con los primeros apóstoles, que de apocados y miedosos, los convirtió en intrépidos y audaces mensajeros de la Buena Nueva, que llevaron con ardor misionero el mensaje de salvación de Jesús.

El Espíritu Santo **se manifiesta como lengua**. La *lengua* del Espíritu Santo es una: la caridad, que nos une a todos en un mismo corazón y una misma alma. Y con esa lengua, la caridad, formamos un solo cuerpo en Cristo por el Espíritu (segunda lectura); y con esa lengua podemos hacernos entender por todas partes, como sucedió a los apóstoles, y llevar a todo el mundo el mensaje del amor y perdón traído por Cristo a este mundo (primera lectura y evangelio). Lo que destruye esta lengua del Espíritu son los mil dialectos ideológicos que a veces queremos hablar en las relaciones con los demás para defender nuestro egoísmo, nuestros intereses y nuestras ambiciones. En el Cenáculo, donde el Espíritu Santo es infundido, las diferencias y las divisiones son superadas. La verdadera unidad sólo proviene de Dios Espíritu que es principio de cohesión (segunda lectura).

Por consiguiente, en el gran "abrazo" de Pentecostés, la misma persona de Jesús, Resucitado y Ascendido al cielo, se hace presente, hasta el fin de los tiempos, en todos sus discípulos y, a través de ellos, por obra del mismo Espíritu, se dilata en un eterno respiro de misericordia. Para esta obra divina la realidad de la Persona y del Amor salvífico de Cristo no permanece "lejana", ésta presencia es la raíz misma de nuestro ser, la nueva realidad en la cual vivimos, aquella fuerza de Amor que "habita" en nosotros y que pide, durante la peregrinación terrena, poder actuar en el mundo a través de nosotros.

Este es el misterio de Pentecostés: el Espíritu Santo ilumina el corazón humano y, al revelar a Cristo crucificado y resucitado, indica el camino para llegar a ser más semejantes a él, o sea, ser "expresión e instrumento del amor que proviene de él" (*Deus caritas est*, 33). Reunida con María, como en su nacimiento, la Iglesia hoy implora: "*Veni, Sancte Spiritus!*", "¡Ven, Espíritu Santo! Llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor".

Hoy es el domingo de la Santísima Trinidad. La luz del tiempo pascual y de Pentecostés renueva cada año en nosotros la alegría y el estupor de la fe: reconocemos que Dios no es una cosa vaga, nuestro Dios no es un Dios «spray», es concreto, no es un abstracto, sino que tiene un nombre: «Dios es amor». No es un amor sentimental, emotivo, sino el amor del Padre que está en el origen de cada vida, el amor del Hijo que muere en la cruz y resucita, el amor del Espíritu que renueva al hombre y el mundo. Pensar en que Dios es amor nos hace mucho bien, porque nos enseña a amar, a darnos a los demás como Jesús se dio a nosotros, y camina con nosotros. Jesús camina con nosotros en el camino de la vida (Papa Francisco, *26 de mayo de 2013*).

Jesús nos reveló que Dios es amor “no en la unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola sustancia” (*Prefacio*): es Creador y Padre misericordioso; es Hijo unigénito, eterna Sabiduría encarnada, muerto y resucitado por nosotros; es Espíritu Santo, que lo mueve todo, el cosmos y la historia, hacia la plena recapitulación final. Tres Personas que son *un solo Dios*, porque el Padre es amor, el Hijo es amor y el Espíritu es amor. Dios es todo amor y sólo amor, amor purísimo, infinito y eterno. No vive en una espléndida soledad, sino que más bien es fuente inagotable de vida que se entrega y comunica incesantemente.

En la Trinidad reconocemos también el modelo de la Iglesia, en la cual estamos llamados a amarnos como Jesús nos ha amado. Es el amor el signo concreto que manifiesta la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es el amor el distintivo del cristiano, como nos ha dicho Jesús: “En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros” (Jn 13, 35).

Es una contradicción pensar en cristianos que se odian. Es una contradicción. Y esto busca siempre el diablo: hacer que nos odiamos. Porque él siembra siempre la cizaña del odio. Él no conoce el amor, el amor es de Dios.

Todos estamos llamados a testimoniar y anunciar el mensaje que “Dios es amor”, que Dios no es lejano o insensible a nuestras situaciones humanas. Él está cerca, está siempre a nuestro lado, camina con nosotros para compartir nuestras alegrías y nuestros dolores, nuestras esperanzas y nuestras fatigas. Nos ama tanto y hasta tal punto que se ha hecho carne, ha venido al mundo no para juzgarlo sino para que el mundo se salve por medio de Jesús (cfr Jn 3, 16-17). Y esto es el amor de Dios en Jesús, este amor que es tan difícil de entender, pero nosotros lo sentimos cuando nos acercamos a Jesús y Él nos perdona siempre, Él nos espera siempre, Él nos ama tanto. Y el amor de Jesús que nosotros sentimos, es el amor de Dios.

El Espíritu Santo, don de Jesús Resucitado, nos comunica la vida divina y así nos hace entrar en el dinamismo de la Trinidad, que es un dinamismo de amor, de comunión, de servicio recíproco, de compartir. Una persona que ama a los otros por la alegría misma de amar es reflejo de la Trinidad. Una familia en la que se aman y se ayudan los unos a los otros es un reflejo de la Trinidad. Una parroquia en la que se quieren y se comparten los bienes espirituales y materiales es un reflejo de la Trinidad.

El amor verdadero no tiene límites para ir al encuentro del otro, para respetar la libertad del otro. Los domingos venimos a misa, celebramos juntos la eucaristía. Y la Eucaristía es como la “zarza ardiente” en la que humildemente habita y se comunica la Trinidad. Por esto la Iglesia ha puesto la fiesta del Corpus Domini después de la de la Trinidad.

La Virgen María, criatura perfecta de la Trinidad, nos ayude a hacer de toda nuestra vida, en los pequeños gestos y en las elecciones más importantes, un himno de alabanza a Dios que es Amor.

El programa misionero de Jesús.

Este domingo nos encontramos, en el evangelio, con la vocación y la misión de los doce. Jesús llama a sus discípulos y los envía a llevar el Evangelio: es Él quien llama. El Evangelio dice que los llamó, los envió y les dio autoridad: en la vocación de los discípulos, el Señor da el poder: el poder de expulsar los espíritus impuros para liberar, para curar. Este es el poder que da Jesús. Él, en efecto, no da el poder de proyectar o hacer grandes empresas; el poder, el mismo poder que tenía Él, el poder que Él había recibido del Padre, se lo entrega. Y lo hace con un consejo claro: vayan en comunidad, pero para el viaje no lleven nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero: ¡siendo pobres!

El contenido fundamental de esa misión, se resume en el “Vayan y proclamen por el camino que ya se acerca el Reino de los cielos. Curen a los leprosos y demás enfermos; resuciten a los muertos y echen fuera a los demonios”. Y todo, desinteresadamente: “gratuitamente han recibido este poder, ejérzanlo, pues, gratuitamente”. Son las dos grandes líneas de la misión evangelizadora, que también hoy tenemos que revisar cómo la llevamos a cabo en nuestra familia, en nuestra parroquia y en cada uno de nosotros, en nuestra vida de cada día: predicar y curar; anunciar la buena noticia de la salvación de Dios y concretarla en signos explícitos.

Jesús realizó la misión que el Padre le encomendó y, también enseñó a sus discípulos cómo debían continuar esa misión. Nosotros, amigos de Jesús y discípulos suyos, sabemos que la misión de Jesús debemos continuarla.

En efecto, no solamente son misioneros los que van lejos; lo somos “también nosotros, misioneros cristianos, que decimos una palabra buena de salvación. Ese es el don que nos da Jesús con el Espíritu Santo. Este anuncio: “El Reino de Dios está cerca de ustedes porque Jesús nos ha acercado a Dios. Dios se ha hecho uno de nosotros; en Jesús reina entre nosotros y su amor misericordioso derrota al pecado y a la miseria humana.

Y la buena noticia que los “obreros” deben llevar a todos es un mensaje de esperanza y consuelo, de paz y de caridad al igual que Jesús que cuando mandaba a los discípulos a las aldeas les decía: “...curen enfermos, resuciten muertos, limpien a los leprosos, echen demonios”. Todo esto significa que el Reino de Dios se construye día a día y da ya, en esta tierra, sus frutos de conversión, de purificación, de amor y de consuelo entre los hombres (*Papa Francisco, Ángelus, 3 de julio de 2016*).

Refiriéndose al espíritu con que los discípulos deben desempeñar esta misión, el evangelio advierte de que deben ser conscientes de la realidad difícil y a veces hostil que les espera. “Jesús no ahorra palabras en este sentido cuando dice: “Los envió como corderos en medio de lobos”. La hostilidad está siempre en el inicio de las persecuciones contra los cristianos porque Jesús sabe que la misión está obstaculizada por la obra del maligno. Por eso, el obrero del evangelio se esforzará en ser libre de condicionamientos humanos de cualquier tipo, sin llevar bolsa, ni alforja, ni sandalias, como recomendaba Jesús, para confiar solamente en la potencia de la Cruz de Cristo. Esto significa abandonar cualquier motivo de vanidad personal, de carrerismo o sed de poder y hacerse humildemente instrumentos de la salvación obrada por el sacrificio de Jesús”.

La del cristiano en el mundo es una misión...destinada a todos, es una misión de servicio; requiere tanta generosidad, y sobre todo, tener la mirada y el corazón, dirigidos a las alturas para invocar la ayuda del Señor. Todos estamos llamados a establecer el Reino en nuestro corazón y en el corazón de los más próximos...

Pidamos la intercesión de la Virgen María... para que no falten en la Iglesia corazones generosos que trabajen para llevar a todos el amor y la ternura del Padre celestial.

No tengan miedo

En el fragmento evangélico que hemos escuchado Jesús en varias ocasiones nos invita a no tener miedo, a vivir sin miedo (Evangelio), porque el Señor ha salvado la vida de su pobre de la mano de los malvados (Primera lectura). Por una parte, "no teman a los hombres", y por otra "teman" a Dios. Benedicto XVI enseña que podemos distinguir "entre los miedos humanos y el temor de Dios. El miedo es una dimensión natural de la vida. Desde la infancia se experimentan formas de miedo que luego se revelan imaginarias y desaparecen; sucesivamente emergen otras, que tienen fundamentos precisos en la realidad: estas se deben afrontar y superar con esfuerzo humano y con confianza en Dios. Pero también hay, sobre todo hoy, una forma de miedo más profunda, de tipo existencial, que a veces se transforma en angustia: nace de un sentido de vacío, asociado a cierta cultura impregnada de un nihilismo teórico y práctico generalizado".

"Ante el amplio y diversificado panorama de los miedos humanos, la palabra de Dios es clara: quien 'teme' a Dios 'no tiene miedo'. El temor de Dios, que las Escrituras definen como "el principio de la verdadera sabiduría", coincide con la fe en él, con el respeto sagrado a su autoridad sobre la vida y sobre el mundo. No tener 'temor de Dios' equivale a ponerse en su lugar, a sentirse señores del bien y del mal, de la vida y de la muerte. En cambio, quien teme a Dios siente en sí la seguridad que tiene el niño en los brazos de su madre (cf. *Sal 131, 2*): quien teme a Dios permanece tranquilo incluso en medio de las tempestades, porque Dios, como nos lo reveló Jesús, es Padre lleno de misericordia y bondad".

El Papa Francisco dice que "Cuando estamos invadidos por el temor de Dios, entonces estamos predispuestos a seguir al Señor con humildad, docilidad y obediencia. Esto, sin embargo, no con actitud resignada y pasiva, incluso quejumbrosa, sino con el estupor y la alegría de un hijo que se ve servido y amado por el Padre. El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos, sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza. Es un don que hace de nosotros cristianos convencidos, entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor. Ser conquistados por el amor de Dios. Y esto es algo hermoso. Dejarnos conquistar por este amor de papá, que nos quiere mucho, nos ama con todo su corazón.

"Quien lo ama no tiene miedo: "No hay temor en el amor -escribe el apóstol san Juan-; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor" (*1 Jn 4, 18*). Por consiguiente, el creyente no se asusta ante nada, porque sabe que está en las manos de Dios, sabe que el mal y lo irracional no tienen la última palabra, sino que el único Señor del mundo y de la vida es Cristo, el Verbo de Dios encarnado, que nos amó hasta sacrificarse a sí mismo, muriendo en la cruz por nuestra salvación".

Todos, pues, ¡tenemos muchos problemas!, que nos dan miedo. Lo importante es estar siempre atentos para escuchar en el corazón la palabra consoladora de Cristo: "No tengan miedo". El Señor nos sigue diciendo, como les decía a los discípulos de su tiempo: '¡No teman!'. No olviden esta palabra: siempre, cuando tengamos alguna tribulación, alguna persecución, algo que nos haga sufrir, escuchemos la voz de Jesús en nuestro corazón: '¡No tengan miedo! ¡No tengas miedo: sigue adelante! ¡Yo estoy contigo! No tengan miedo del que se burla de ustedes y los maltrata, y no tengan miedo del que los ignora o del que por delante los honra y luego por la espalda combate contra el Evangelio. Hay tantos que por delante te sonríen, pero por la espalda combaten contra el Evangelio. Todos los conocemos. Jesús no nos deja solos porque somos preciosos para Él. Por ello no nos deja solos: cada uno de nosotros es precioso para Jesús, y nos acompaña.

Que la Virgen María, modelo de humilde y valiente adhesión a la Palabra de Dios, nos ayude a comprender que en el testimonio de la fe no cuentan los éxitos, en el testimonio de la fe no cuentan los éxitos, sino la fidelidad; la fidelidad a Cristo, reconociendo en cualquier circunstancia, también las más problemáticas, el don inestimable de ser sus discípulos misioneros»

Solemnidad de San Pedro y San Pablo (Ciclo A)

29 de junio 2023
Mt 16, 13-19

Desde los tiempos antiguos la Iglesia de Roma celebra a los apóstoles Pedro y Pablo en una única fiesta, el mismo día, el 29 de junio. La fe en Jesucristo los ha vuelto hermanos y el martirio los ha hecho volverse una sola cosa. San Pedro y san Pablo, tan distintos entre ellos en el plano humano, fueron elegidos personalmente por el Señor Jesucristo y respondieron a su llamada ofreciendo toda su vida. En ambos la gracia de Cristo ha cumplido grandes cosas, los ha transformado: ¡Y cómo los ha transformado!

Pedro fue el primero en confesar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Pablo difundió este anuncio en el mundo greco-romano. Y la Providencia quiso que los dos llegaran aquí a Roma y que aquí derramaran su sangre por la fe. Por esta razón la Iglesia de Roma se convirtió, inmediata y espontáneamente, en el punto de referencia para todas las Iglesias esparcidas en el mundo. ¡No por el poder del Imperio, sino por la fuerza del martirio, del testimonio dado a Cristo! En el fondo, es siempre y sólo el amor de Cristo el que genera la fe y el que impulsa hacia adelante a la Iglesia (Francisco).

Pensemos en Pedro. Cuando confesó su fe en Jesús, no lo hizo por sus capacidades humanas, sino porque había sido conquistado por la gracia que Jesús esparcía, por el amor que sentía en sus palabras y que veía en sus gestos: ¡Jesús era el amor de Dios en persona!

Y lo mismo le sucedió a Pablo, si bien de manera diversa. Pablo de joven era enemigo de los cristianos, y cuando Cristo Resucitado lo llamó en el camino de Damasco su vida fue transformada: ¡Comprendió que Jesús no estaba muerto, sino vivo, y que lo amaba también a él, que era su enemigo! He aquí la experiencia de la misericordia, del perdón de Dios en Jesucristo: esta es la Buena Noticia, el Evangelio que Pedro y Pablo han experimentado en sí mismos y por el cual han dado su vida (Ibidem).

Simón había negado a Jesús en el momento dramático de la pasión; Saulo había perseguido duramente a los cristianos. Pero ambos acogieron el amor de Dios y se dejaron transformar por su misericordia. Así se volvieron apóstoles y amigos de Cristo. Por esto ambos siguen hablando a la Iglesia y aún hoy nos indican el camino de la salvación.

También nosotros, si por acaso cayéramos en los pecados más graves y en la noche más oscura, Dios es siempre capaz de transformarnos como transformó a Pedro y Pablo, transformarnos el corazón y perdonarnos todo, transformando así nuestra oscuridad del pecado en un alba de luz. Porque Dios es así nos perdona, nos transforma siempre como lo hizo con Pedro y como lo hizo con Pablo.

El libro de los Actos de los Apóstoles muestra muchos aspectos de su testimonio. Pedro por ejemplo nos enseña a mirar a los pobres con mirada de fe y a donarle a ellos lo más precioso que tenemos: la potencia en el nombre de Jesucristo. Esto ha hecho con aquel paralítico, le dio todo lo que tenía, a Jesús.

Sobre Pablo se cuenta tres veces el episodio del llamado en el camino de Damasco, que marca el cambio de su vida, marcando claramente un antes y después. Antes Pablo era un acérrimo enemigo de la Iglesia. Después pone toda su existencia al servicio del evangelio.

También para nosotros, el encuentro con la palabra de Cristo puede transformar completamente nuestra vida. No es posible escuchar esta Palabra, y quedarse quietos en el propio lugar, quedarse detenido en las propias costumbres. Esta nos lleva a vencer el egoísmo que tenemos en el corazón para seguir con decisión a aquel Maestro que ha dado la vida por sus amigos.

Porque es Él que con su palabra nos cambia, es Él que nos transforma, es Él que perdona todo si abrimos el corazón y pedimos perdón.

Queridos hermanos y hermanas, esta fiesta despierta en nosotros una gran alegría, porque nos pone delante de la obra de la misericordia de Dios en el corazón de dos hombres, es la obra de la misericordia de Dios, en estos dos hombres que eran grandes pecadores. Y Dios que quiere colmarnos también a nosotros con su gracia, como lo hizo con Pedro y Pablo.

“¡Alabados sean Pedro y Pablo, estas dos grandes luminarias de la Iglesia! Ellos brillan en el firmamento de la fe”. Que el ejemplo y la intercesión de los Apóstoles nos ayude a dar un fiel y audaz testimonio del Evangelio de la salvación.